DE LA SOLEDAD A LA MISERICORDIA

En la Semana Santa hemos podido volver a leer un admirable sermón que san Juan deÁvila predicó sobre la soledad de María.

La creatividad del orador lo llevaba a imaginar la muerte de Jesús en la cruz, susepultura y los sentimientos que debieron de embargar a su Madre.

Acompañada por Juan, María regresó del Calvario al Cenáculo. San Juan quedó a lapuerta para despedir a la gente y agradecerle su atención. Según el orador, además de dar lasgracias al grupo de personas que los habían acompañado, les habría pedido que respetasen lasoledad de María:

“Señores, el Señor, por quien habéis hecho esto, os lo pague y os depare siempre quienen vuestros trabajos os ayude y favorezca. Ya veis la Señora cuán penada viene; déjenla solallorar su dolor, pues no hay en la tierra consuelo para ella”.

Entre tanto, según el orador, María ha subido al piso de arriba en la casa donde la nocheantes Jesús ha celebrado la cena pascual. Y, entre lágrimas, exhala unos lamentos quedebieron de impresionar a los fieles que escuchaban el sermón:

“Oh hijo y señor mío, compañía mía, ¿dónde quedas? ¿Es posible que vengo yodejándote a ti sepultado? ¡Anoche estabas aquí con tus discípulos y agora te dejo debajo de latierra! ¿Qué va, Señor mío, de hora a hora? ¿A dónde iré que te halle? ¿A dónde iré que mealegre faltándome tú? ¡Cuánta más alegría sintiera mi ánima estando allá acompañándote queen andar por acá, apartada de tu presencia!”

Sin embargo, el predicador nos sorprende imaginando la asombrosa reacción de María,que califica a los discípulos como hijos suyos. De hecho, muy decidida, se dirige al discípuloamado con un ruego conmovedor: “Di, hijo mío, ¿adónde están mis hijos? Vuestros hermanos, ¿dónde están? Los racimosde mi corazón, los pedazos de mis entrañas ¿adónde están? Traérmelos acá”.

Juan dice a María que no se preocupe por ellos: “Dejad Señora; harto tenemos agora en qué entender con el muerto, dejad agora los vivos”.

Sin embargo, María se hace fuerte en el dolor e insiste en su petición: “No, no; baste midolor, no añadáis dolor a dolor; bástenme mis angustias; traédmelos, que no descansaré hastaque vea a los discípulos de mi Hijo.

Tras apelar al dolor de María, Juan busca otra escusa en el lamentable comportamientode los discípulos: “Que no digáis eso, Señora. ¿Quién ha de osar venir? Todos huimos cuandole prendieron; Pedro le negó. Que no querrán venir de vergüenza”.

Pero la razón que expresa María denota su papel en la historia de la salvación: “Nodigáis tal; traédmelos, que yo les prometo perdón de mi Hijo”.

A continuación, san Juan de Ávila concluye su sermón imaginando la insistencia con laque Juan va tratando de convencer a los discípulos para que vuelvan a reunirse con María. Lasoledad de la Madre deja paso a su misericordia.

José-Román Flecha Andrés